

# MITCH ALBOM

## El extraño que llegó del mar

*Traducción de:*  
CRISTINA ZUIL GONZÁLEZ



MAEVA

*Para Janine, Trisha y Connie,  
quienes me enseñan cada día el increíble poder de la fe*

# Mar

---

NO TENÍA NI un rasguño cuando lo sacamos del agua. Fue lo primero que advertí. Los demás hemos sufrido cortes y moratones, pero él está ileso, con la piel suave y almendrada y una espesa mata de pelo, apelmazada por el agua del mar. Lleva el pecho desnudo y no está demasiado musculado. Debe de tener unos veinte años y sus ojos son de color azul pálido, como el océano en tu imaginación cuando sueñas con unas vacaciones tropicales, no del gris interminable de las olas que rodean este abarrotado bote salvavidas, esperándonos como una tumba abierta.

Cariño, perdóname por mostrarme tan desesperado. Han pasado tres días desde que se hundió el *Galaxy*. Nadie ha venido a buscarnos. Intento mantener una actitud positiva, creer que nos rescatarán pronto. Sin embargo, no nos queda mucha comida ni agua. Además, hemos avistado tiburones. En los ojos de muchos de los que están a bordo, percibo que se están rindiendo. Hemos pronunciado demasiadas veces la frase «vamos a morir».

Si debe ser así, si ha llegado mi fin, te escribo a través de las páginas de este cuaderno, Annabelle, con la esperanza de que, de alguna manera, las leas cuando ya no esté. Necesito contarte algo y anunciárselo al mundo también.

Podría empezar por el motivo por el que esa noche estaba en el *Galaxy*, el plan de Dobby o mi intenso sentimiento de culpa por la explosión del velero, aunque no tengo claro qué ocurrió. Pero, por el momento, comenzaré relatando lo sucedido esta mañana, cuando sacamos a un extraño joven del mar. No llevaba chaleco salvavidas ni se aferraba a nada cuando lo vislumbramos meciéndose entre las olas. Dejamos que recuperara el aliento y, desde nuestra posición en el bote, nos presentamos.

Lambert, el jefe, fue el primero en hablar:

—Jason Lambert, el dueño del *Galaxy*.

A continuación, lo hizo Nevin, el británico alto, quien se disculpó por no levantarse para darle una auténtica bienvenida debido al corte que se había hecho en la pierna al intentar escapar de la embarcación que se hundía. Geri solo le dedicó un gesto de asentimiento mientras formaba un ovillo con la cuerda que había usado para sacar al hombre del agua. Yannis le ofreció un débil apretón de manos. Nina murmuró un «hola». La señora Laghari, la mujer de la India, no dijo nada; no parece confiar en el recién llegado. Jean Philippe, el cocinero de Haití, le sonrió y dijo:

—Bienvenido, hermano. —Sin embargo, no apartó la mano de su mujer adormilada, Bernadette, herida en la explosión, creo que de gravedad.

La pequeña a la que llamamos Alice, que no ha hablado desde que la encontramos agarrada a una tumbona en el océano, permaneció en silencio.

Yo fui el último:

—Benji —dije, por alguna razón, con un hilo de voz—. Me llamo Benji.

Esperábamos que el extraño contestara, pero solo nos miró con ojos inocentes. Después, Lambert comentó:

—Estará en *shock*.

Y, al pensar que quizá levantando la voz volvería en sí, Nevin gritó:

—¿Cuánto tiempo llevabas en el agua?

Al no recibir respuesta, Nina le tocó el hombro y dijo:

—Bueno, te hemos encontrado, gracias al Señor.

A lo que el hombre respondió, al fin, con un susurro:

—Yo soy el Señor.

# Tierra

---

EL INSPECTOR APAGÓ el cigarro. Su silla gimió. Esa mañana ya hacía calor en Montserrat y la camisa blanca almidonada se le pegaba a la espalda empapada en sudor. Le palpitaban las sienes por un persistente dolor de cabeza. Miró al hombre delgado y barbudo que lo estaba esperando cuando había llegado a la comisaría.

—Empecemos de nuevo —dijo el inspector.

Era domingo. Estaba en la cama cuando había recibido la llamada. «Hay aquí un hombre que dice que ha encontrado una balsa del barco estadounidense que explotó». El inspector había murmurado una maldición. Su mujer, Patrice, había gemido y se había dado media vuelta sobre la almohada.

—¿A qué hora llegaste anoche a casa? —había musitado.

—Tarde.

—¿Cómo de tarde?

Se había vestido sin responderle, se había preparado un café instantáneo que se había servido en un vaso de cartón y le había dado una patada al marco de la puerta al salir de casa, golpeándose el dedo gordo. Aún le dolía.

—Me llamo Jarty LeFleur —dijo entonces, examinando al hombre al otro lado de su escritorio—. Soy el inspector jefe de la isla. ¿Y usted es...?

—Rom, inspector.

—¿Tiene algún apellido, Rom?

—Sí, inspector.

LeFleur suspiró.

—¿Cuál es?

—Rosh, inspector.

LeFleur lo anotó y encendió otro cigarro. Se frotó la frente. Necesitaba una aspirina.

—¿Ha encontrado una balsa, Rom?

—Sí, inspector.

—¿Dónde?

—En la bahía Marguerita.

—¿Cuándo?

—Ayer.

LeFleur alzó la mirada y vio al hombre con la mirada fija en la foto de su escritorio, en la que su mujer y él mecían a su hija en una toalla de playa.

—¿Es su familia? —preguntó Rom.

—No la mire —le ordenó LeFleur—. Míreme a mí. Respecto a la balsa, ¿cómo sabe que era del *Galaxy*?

—Lo llevaba escrito.

—¿Y la encontró sin más, varada en la playa?

—Sí, inspector.

—¿Había alguien dentro?

—No, inspector.

LeFleur estaba sudando. Se acercó al ventilador. La historia era factible. Llegaban todo tipo de cosas a la orilla norte. Maletas, paracaídas, drogas o artilugios llenos de peces que, arrastrados por las corrientes, flotaban por el Atlántico Norte.

Nada era demasiado raro para que lo empujara la marea, pero ¿una balsa del *Galaxy*? Eso eran palabras mayores.

El enorme velero de lujo se había hundido hacía un año a ochenta kilómetros de Cabo Verde, cerca de la costa oeste africana. Había salido en las noticias del mundo entero, especialmente por todos los ricos y famosos que iban a bordo. No se había encontrado a ninguno.

LeFleur se balanceó hacia delante y hacia atrás. «La balsa no se pudo inflar sola.» Tal vez las autoridades se habían confundido. Quizá sí que había habido supervivientes de la tragedia del *Galaxy*, al menos durante un breve período de tiempo.

—Vale, Rom —dijo, apagando el cigarro—. Vayamos a echarle un vistazo.

# Mar

---

—YO SOY EL Señor.

¿Qué opinas de esto, cariño? A lo mejor, en condiciones normales, te echarías a reír o saldrías con alguna de tus ocurrencias. «¿Eres el Señor? Te encargas tú de las bebidas.» Sin embargo, solo en mitad del océano, sediento y desesperado, a mí me irritó aquello, la verdad.

—¿Qué acaba de decir? —susurró Nina.

—Ha dicho que es el Señor —se burló Lambert.

—¿Tienes nombre, Señor? —le preguntó Yannis.

—Tengo muchos —respondió el extraño con voz tranquila, aunque ronca, casi afónica.

—¿Y llevas nadando tres días? —intervino la señora Laghari—. Eso es imposible.

—Tiene razón —dijo Geri—. El agua está a veinte grados. No se puede sobrevivir a algo así durante tres días.

De todos nosotros, Geri es la persona con más experiencia en el mar. Fue nadadora olímpica en su juventud y utiliza un tono firme, seguro, cortante e intolerante ante las preguntas estúpidas que hace que el resto la obedezca.

—¿Has estado flotando sobre algo? —gritó Nevin.

—Por Dios, Nevin —dijo Yannis—, no está sordo.

Ante ese «por Dios», el extraño miró a Yannis, quien abrió la boca, como si quisiera retirar las palabras.

—¿Cuál es tu historia real, buen hombre? —preguntó Lambert.

—Estoy aquí —contestó el extraño.

—¿Por qué estás aquí? —quiso saber Nina.

—¿No me habéis estado llamando?

Los demás intercambiamos una mirada. Tenemos un aspecto lamentable, con el rostro lleno de ampollas por el sol y la ropa apelmazada por el agua salada. No podemos ponernos en pie sin caer sobre alguien y el suelo huele a goma, pegamento y vómito. Es cierto que, al arrastrarnos las olas aquella primera noche o al mirar al vasto horizonte los días siguientes, muchos de nosotros hemos rogado intervención divina. «¡Por favor, Señor! ¡Dios, ayúdanos!» ¿A eso se refería este hombre? «¿No me habéis estado llamando?» Como sabes, Annabelle, llevo toda la vida cuestionando mi fe. Era un monaguillo responsable, como la mayoría de los niños irlandeses, pero la Iglesia y yo tomamos caminos distintos hace muchos años. Lo que ocurrió con mi madre, contigo... Demasiadas decepciones sin el consuelo suficiente.

Aun así, nunca había pensado qué haría si llamara al Señor y apareciera ante mí.

—¿Podéis darme un poco de agua? —preguntó el hombre.

—¿Dios tiene sed? —dijo Lambert entre risas—. Genial, ¿algo más?

—Quizá algo para comer.

—Esto es una tontería —gruñó la señora Laghari—. Es obvio que se está riendo de nosotros.

—¡No! —exclamó Nina de forma abrupta con el rostro constreñido como una niña enrabiada—. Deja que hable. —Se giró hacia el hombre—. ¿Vienes a salvarnos?

La voz del aludido se suavizó.

—Solo podré hacerlo —contestó— cuando todos los presentes creáis que soy quien digo ser.

Nadie se movió. Se oía el romper de las olas contra los flancos de la barca. Al final, Geri, demasiado pragmática para este tipo de conversaciones, examinó al grupo como una profesora molesta.

—Bueno, chaval —dijo—, háznoslo saber cuando eso ocurra. Hasta entonces, será mejor que reajustemos nuestras raciones de comida.

# Noticias

REPORTERA: AL HABLA Valerie Cortez, a bordo del *Galaxy*, el espectacular velero de Jason Lambert. El multimillonario hombre de negocios ha reunido a algunos de los nombres más importantes del mundo para disfrutar durante una semana de esta aventura. Está aquí, con nosotros. Hola, Jason.

LAMBERT: Bienvenida, Valerie.

REPORTERA: A este gran espectáculo lo has llamado «la Gran Idea». ¿Por qué?

LAMBERT: Porque todos los que se han subido a este barco han hecho algo grande, algo con lo que han revolucionado su sector, su país e incluso el mundo. Tenemos a líderes tecnológicos, corporativos, políticos y de la industria del entretenimiento. Son personas con grandes ideas.

REPORTERA: Peces gordos como tú.

LAMBERT: Bueno, eso ya no lo tengo tan claro.

REPORTERA: ¿Y por qué razón los has reunido?

LAMBERT: Valerie, estamos en un velero de 200 millones de dólares. Creo que se lo van a pasar bien.

REPORTERA: ¡Por supuesto!

LAMBERT: No, en serio, las personas con ideas necesitan rodearse de otras personas con ideas. Se animan entre sí a cambiar el mundo.

REPORTERA: Entonces, ¿esto es como el Foro Económico Mundial que se reúne en la ciudad suiza de Davos?

LAMBERT: Exacto, aunque más divertido, porque estamos en el agua.

REPORTERA: ¿Y esperas que salgan muchas grandes ideas de este viaje?

LAMBERT: Eso y unas resacas de manual.

REPORTERA: ¿Has dicho «resacas»?

LAMBERT: ¿Qué sería la vida sin una buena fiesta, Valerie?